

—Don Leonel, no exijais tan pronto esa confesion, y menos en estos momentos de excitacion: idos, por favor, y mañana os contestaré, si venís por la respuesta.

—Pero.....

—Haced por mi amor lo que os digo.

Don Leonel, sin contestar, tomó violentamente su sombrero y salió.

XXIV.

En que vuelven á aparecer unos antiguos conocidos.

EL marqués de Cerralvo y el visitador Carrillo no avanzaban mucho en la causa que seguian á los fautores del tumulto contra el marqués de Gelvez. Cada dia aparecian nuevas personas complicadas, y cada dia era mas profunda la conviccion de ambos de que nada podia hacerse, por la necesidad en que se estaba de castigar á todos los habitantes de la ciudad, ó de echar un velo sobre aquello.

Cuatro ó cinco infelices á quienes se habian podido probar que tenian parte en el robo del Palacio, habian sido ejecutados; pero estas ejecuciones habian pasado como tantas otras que se hacian constantemente en la ciudad, con ladrones y bandoleros.

Algo mas tenia inquietos los ánimos del virey y visitador: la sombría conspiracion de los criollos, sobre la que á pesar de las denuncias de Don Baltasar de Salmeron, nada se descubria.

Habia rumores de que pronto se volveria el visitador á España, y de que se habia mandado llamar al arzobispo Don Juan Perez de la Cerna á la corte.

Don Baltasar seguía sirviendo al virey, y tenía ya, aunque secretamente, gran valimiento en el Palacio. Don Baltasar había visto salir en libertad á Don Leonel, veía tranquilo al Padre Alfonso, y tenía por cosa cierta que ellos y otros de los conjurados conocían su traición y tarde ó temprano querrian vengarse; y Don Baltasar tenía miedo, y su odio contra los hermanos Salazar era cada dia mas grande.

Comunicó sus temores al visitador, y éste le prometió velar por él y además castigar secretamente al que se atreviese á ofenderle; pero esto no era bastante, y Don Baltazar espiaba en la sombra el momento oportuno para destruir á sus enemigos.

Apenas salía de su casa, y eso solo en las noches que iba á Palacio, pero tenía personas pagadas solo para darle noticias de lo que hacían Don Leonel y el Padre Alfonso. Por este medio supo que Don Leonel había estado de visita en la casa de la viuda de Don Pedro de Mejía.

—Es preciso—pensó—saber á qué va á esa casa. Quizá la viuda, que dicen que es jóven y bella, sea la heredera de Don Pedro, y Salazar intente hacer con ella un buen casamiento; necesito tener en esa casa uno ó dos criados de confianza.

Y aquella misma noche Don Baltasar contaba ya con dos criados de la casa de Doña Catalina, que se le habían vendido en cuerpo y alma.

El viejo se acostó con una alegría diabólica. Los criados le contaron que el jóven permaneció mucho tiempo hablando con la señora, y que salió con grandes señales de contento y de excitación.

—¡Oh, esto es soberbio!—dijo;—quizá por aquí caerá.

Preciso será confesar que Don Leonel pensaba menos á

cada vez en Doña Esperanza, y que Garatuza solo, no podía nada contra aquella liga que se iba formando entre la viuda y Don Leonel: declarar al jóven que ella y él eran hermanos, era afianzar mas aquellos vínculos, y Garatuza no estaba conforme en ello.

Todo el dia pasó en inútiles averiguaciones; en la noche fué á la casa de Don Leonel, y con poca diferencia se repitió la escena de la mañana. Martin pensó entonces en ocurrir á los consejos de Teodoro y de Don César de Villacera.

Sin perder tiempo se dirigió á la casa del negro, que le recibió con su habitual condescendencia.

—Vengo á tratar con vos un negocio—dijo Martin.

—Estoy como siempre á vuestras órdenes—contestó el negro.

—Quisiera haceros una consulta, pero desearia que estuviese presente nuestro amigo Don César, que es hombre de ciencia.

—Mas fácilmente no podía cumplirse vuestro deseo, porque Don César vive ahora en mi casa y está ahí.

—¿Está ahí?

—Sí, desde que se abrió el testamento de Mejía, que le hablásteis, abandonó aquella casa; cada dia está mas triste y mas pensativo: sin embargo, le llamaremos.

—Si me haceis la gracia.....

El negro salió, y á poco volvió seguido de Don César, que no tenía ya el disfraz del pobre Lázaro, pero que daba señales de estar ó muy enfermo ó muy triste.

—Buenas noches, señor Don César—dijo Martin.

—¿Cómo te va, Martin?—contestó Don César.

—Os veo muy desmejorado.

—Es natural; mi vida ha sido mas de goces que de pa-

decimientos: estoy triste, muy triste; ¿qué puedo ya esperar en la vida?

—Don Pedro ha muerto, y vuestra venganza estará satisfecha.

—No, Martin; tengo tanta amargura en el fondo de mi corazón, que no creo que la muerte de Don Pedro se pueda tener como un castigo: Teodoro vió morir á Doña Blanca de Mejía, la hermana de Don Pedro, que era un ángel y una mártir, y podrá decirnos si hay comparacion entre una y otra muerte; el verdugo ha espirado como si hubiera sido un inocente.

—Es cierto—contestó Teodoro—otra cosa merecia Don Pedro.

—Os queda Don Alonso—dijo Martin.

—Es cierto, pero me he convencido que nada puede el hombre contra la voluntad de Dios, que no es la desgracia el patrimonio de los malvados, y que quizá la felicidad se hizo para los perversos: dejo á Don Alonso que siga la suerte que le depare el cielo.

—Sin embargo—insistió Garatuza—si hubiera en el mundo seres infelices, á quienes fuera preciso defender contra esos mismos perversos, ¿os negaríais á ayudarme?

—Seguramente que no.

—Pues bien, escuchad esta historia y dadme vuestro parecer.

Martin refirió sucintamente todo lo ocurrido con Doña Esperanza, y luego agregó:

—No hay ni modo de saber de esa jóven; ocurrir á la justicia seria lo mismo, porque si yo no he podido averiguar nada, menos podrán los golillas.

—¿Estais seguro de que el golpe fué dispuesto por Don Alonso y por Doña Catalina?—preguntó Don César.

—Juzgado vos—contestó Martin.

—La verdad es que aun cuando en el tiempo que viví en la casa no observé nada, creo que ellos deben ser, porque son capaces de todo.

—¿Y vos que conoceis bien la casa, no podeis indicarme un medio para averiguar algo por los criados?

—No; Don Alonso y Doña Catalina son tan reservados, que es indudable que nadie podrá mas que ellos saber nada.

—Pero deben haberse valido de algunas personas para cometer el delito, y con ellas era mas fácil.

—Id á adivinar quiénes serán esas personas; eso equivaldria á saberlo todo.

—¿Qué haremos?

—Me ocurre una idea—dijo Teodoro.

—Veamos.

—Robarnos á Don Alonso y hacerle confesar por medio del tormento.

—No es malo—dijo Don César.

—Pero otra cosa es mejor—dijo Garatuza.

—¿Qué?

—Que la robada sea Doña Catalina.

—Tambien—dijo Don César.

—O los dos—agregó Teodoro.

—Excelente!—exclamó Martin.

—Entonces—dijo el negro—fijémonos: se trata de robarnos á los dos, ó á él, ó á ella, como mejor se pueda, por supuesto lo mas pronto posible.

—Mañana mismo—dijo Martin.

—¿Pero los medios?

—Esta noche meditaremos el negocio, y mañana mismo nos reunimos otra vez.

—¿A qué hora?

—En la mañana y temprano, porque importa; ¿quién sabe lo que estará pasando Doña Esperanza?

—Pues hasta mañana—dijo Don César retirándose á su aposento.

Martin salió y se encaminó á su casa meditando el rapto de Catalina.

Martin no pudo dormir en toda la noche, meditando en sus planes, y muy temprano andaba ya en la calle, y casi sin intencion se encaminó á la casa de Teodoro.

El negro y Don César estaban ya levantados y hablaban en el jardin, por supuesto del mismo negocio.

—Hemos pensado—dijo Don César—si otra cosa mejor no discurrís, que Teodoro, que es el menos conocido de nosotros y el que no puede infundir sospechas, vaya hoy con cualquier pretexto á la casa de Doña Catalina, para explorar el terreno, y buscar algun criado de confianza entre los que yo le indico, que nos ayude, para ver si hoy mismo se da el golpe.

—Paréceme muy bien—contestó Martin;—vos y yo no podriamos entrar en casa de Don Pedro, y Teodoro, además de su natural inteligencia, no infundirá sospechas de ninguna clase.

—Iré—agregó Teodoro—y espero encontraros reunidos aquí á mi vuelta.

—¿A qué horas?—preguntó Martin.

—Supongo que será á las dos de la tarde.

—Muy bien; entonces no hay que perder tiempo.

.....
La noche misma en que Martin, Don César y Teodoro formaban el plan de robarse á Doña Catalina, en la casa de ésta se discutia sobre la suerte de Esperanza.

—Decidnos ya vuestro plan, señora—decia Don Alonso

de Rivera á la madre de Catalina;—creo que tiempo es ya de que le hayais meditado y de que lo sepamos.

—En verdad que os diré lo mejor que me he imaginado, y que dará sin duda el resultado apetecido.

—Veamos—dijo Catalina.

—Ante todo—continuó la vieja—contestadme con franqueza algunas preguntas. En primer lugar, Don Alonso, y tú, Catalina, me dirás: ¿es cierto que no os teneis amor, pues, amor así, de novios, y que en todo pensais menos en casaros el uno con la otra?

A pesar del cinismo de los dos interpelados, ni ella ni él se atrevian á contestar, y no hacian sino mirarse.

—Vamos, contestad, que me es importante saberlo—institió la vieja.

—Es cierto—dijo Catalina.

—Es verdad—contestó Don Alonso.

—Así se habla; adelante: pues no teniendo vosotros intencion de casaros—dijo—los dos estais libres para contraer un matrimonio.

—En efecto—dijo Don Alonso.

—Si nos conviene—dijo Catalina.

—Se entiende—replicó la vieja;—un matrimonio de conveniencia y hasta de necesidad para la compañía.

—¿Adónde vamos á parar?

—Paciencia, paciencia; de lo que se trata es de que la herencia de Don Pedro de Mejía no salga de vosotros, y que se divida entre vosotros por partes iguales, conforme á vuestro contrato, ¿es verdad?

—Es verdad.

—Pues bien; si Doña Esperanza casara con Don Alonso, la herencia quedaba entre vosotros y podia dividirse sin obstáculo. ¿Estais de acuerdo?

Catalina y Don Alonso callaron.

—Contestad con franqueza—continuó la vieja.—Don Alonso se lleva un rico caudal y una real moza, y Catalina queda bien puesta y puede casarse el día que quiera.

—¿Pero consentirá Doña Esperanza?—dijo Don Alonso, comenzando ya á conformarse.

—Eso es cuenta mia—replicó la vieja;—contestadme si estais ó no de acuerdo.

—Estoy.

—Hay que advertir que como ahora la herencia no vendria por Catalina, sino por vos, y ese caso no está previsto por vuestro contrato, no vayais á decir que en ese caso la ganancia no es divisible.

—No me creais capaz de semejante villanía.

—Siempre es bueno estar de acuerdo, que cuenta y razon conservan amistad: ahora ya advertido, cuidado tendreis de no faltar, que sabeis ya de todo lo que yo soy capaz cuando me engañan.

—No habrá nunca necesidad de eso.

—Bien; ahora hablemos del consentimiento de la novia, que aunque es cosa que corre de mi cuenta, quiero arreglarlo con vosotros. ¿Creeis que se resistirá mucho?

—Puede que sí—dijo Catalina.

—¿Le conoces tú algun novio?

—Sí, á Don Leonel de Salazar.

—Apenas de nombre conozco á ese caballero; será uno de tantos Salazares como hay en México. ¿Y le ama mucho? porque eso sí seria obstáculo grande.

—Creo que él no la ama mucho que digamos, porque hoy casi me ha declarado á mí su pasion.

—¡Oh! eso estaria soberbio—dijo la vieja;—si tú consiguieras, dulcificándote algo con él, aun cuando no le quie-

ras, una prueba de que olvidaba á esa muchacha, la cosa se facilitaria mucho.

—Sencilla cosa me pedís.

—Pues con eso y con otros arbitrios de que me valdré yo, es negocio arreglado: ¿cuándo esperas tener esas pruebas?

—Mañana temprano, si lo deseais.

—¿Si lo deseo? no solo lo deseo, sino que lo exijo de tí en bien de todos.

—Pues se hará como decís.

—Ahora os diré mis determinaciones: esa jóven está entregada solo á Guzman.

—Sí, señora—dijo Don Alonso.

—¿Y cuándo vendrá aquí Guzman?

—Mañana temprano, para ver qué decidimos sobre ella: como sabeis, Guzman tiene una casa por uno de los montes inmediatos, adonde habiamos determinado que se llevara á Esperanza, y que allí ó la hacia su querida, que á él bien le gusta, ó la hacia desaparecer de la tierra.

—No era mal pensado; pero probaremos antes este otro medio: como que quizá será vuestra mujer..... ¿Supongo, Don Alonso, que Guzman no le habrá faltado á esa jóven?

—Estoy seguro de su respeto.

—Adelante; pues mañana temprano que venga Guzman; me voy con él: entretanto Catalina arregla lo del novio de Esperanza, y yo enviaré al mismo Guzman algo mas tarde, para saber si hay ya lo que necesito.

—Está bueno—dijo Don Alonso;—pero como la casa está lejos.....

—No importa; Guzman vendrá á caballo: en cuanto á mí, la carroza irá á dejarme hasta cierto lugar, y despues cuando la necesite la enviaré á traer. ¿Esa jóven ha comido algo?

—Nada; no hemos querido que se le dé alimento; la debilidad del cuerpo influye sobre la energía del alma.

—Bien dispuesto, ya es algo avanzado.

—¿Quereis, madre, que cite yo á Don Leonel?

—Eso es cuento tuyo, y las mujeres en nada de amores necesitamos de consejos; cuando preguntamos algo de eso, es solo para buscar votos de aprobacion y para engañarnos á nosotras mismas: tú sabes lo que quiero y me basta. Por ahora me retiro á descansar para levantarme temprano: no olvideis mis prevenciones; al amanecer que enganchen una carroza, y me avisen en cuanto venga Guzman.

—Sí, señora.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La vieja se retiró á su aposento, y Don Alonso dijo á Doña Catalina:

—Confesad, señora, que no os disgusta el papel que tenéis que representar con Don Leonel.

—Como tampoco á vos el que os toca con la heredera.

—Es cierto.

—Pues he aquí cómo mi madre ha concebido un plan que á todos nos deja contentos.

—¿Y seríais capaz de casaros con Don Leonel?

—Quién sabe! pero hasta ahora me parece que sí.

XXV.

En donde se verá de todo lo que era capaz la vieja Doña Catalina.

EN una casita aislada al Oriente de la ciudad de México y á orillas del triste lago de Texcoco, estaba encerrada desde el dia en que la robaron, Doña Esperanza de Carbajal.

La casita constaba solo de dos piezas: una interior, que era la que servia de prision á Doña Esperanza, y que tenia una ventana con una fuerte reja para la calle y una puerta para la pieza siguiente, que servia de habitacion á Guzman, guardia y carcelero de la jóven.

En la pieza de Esperanza habia un banco de cama viejo sin colchon ni abrigo, y una silla desvencijada. La ventana estaba abierta, y desde allí se distinguia la tranquila superficie del lago, que atravesaban á lo lejos las canoas que de la ciudad iban para Texcoco.

Esperanza permanecia arrimada á aquella ventana mirando el lago y el cielo, y con la ilusion de que alguien

pasase por allí al alcance de su voz para pedir socorro; pero todos los alrededores de la casa estaban siempre desiertos.

Pasó el día, la noche tendió sus crespones, y agua y firmamento se envolvieron en negra oscuridad, que rompian solo ó la luz de alguna estrella que cintilaba en el cielo, ó la de alguna canoa que atravesaba á lo lejos lentamente.

Comenzaba Esperanza á sentir hambre, cansancio, frio, tristeza, desesperacion, terror; el aire húmedo zumbaba entrando entre los hierros de la reja, trayendo de cuando en cuando entre sus ráfagas inconstantes, lejanos ladridos de perros y cantos de gallos.

La habitacion estaba oscura, y Esperanza buscó á tientas el banco para reclinarse y descansar un momento; le encontró y se acostó; pero le hubiera sido imposible dormir meditando en su situacion, y en un lecho tan incómodo.

El silencio de la noche era pavoroso, y no se interrumpia sino por los ruidos que traia el viento, y por el canto monótono de los grillos y de las ranas que habitaban en los pantanos de los alrededores.

Algunas veces cuando el viento arreciaba, le parecia á Esperanza que percibia el galope de un caballo ó el rumor sordo de un carruaje que se acercaba; entonces se incorporaba, procuraba aplicar el oido, poner toda su atencion; esperaba algo extraordinario, algun salvador desconocido; pero todo cesaba, y ella volvía á recostarse desesperada, pensando en Don Leonel y llorando.

La pálida luz de la mañana comenzó á deslizarse en el aposento de Doña Esperanza, y la jóven se dirigió inmediatamente á la ventana.

Nada podia distinguirse desde allí; una neblina densa y blanca se tendia sobre la superficie de las aguas.

Doña Esperanza comenzaba á sentir cosas horribles; el hambre y la debilidad le producian vértigos, dolores vagos en la cabeza y en el cuerpo; de repente se sentia desfallecer, se oscurecia su vista, zumbaban sus oidos, y un sudor frio empapaba su frente; pero luego venia una reaccion inexplicable y súbita como un relámpago, y entonces se sentia fuerte, pero dominada de un sentimiento de ira, de un deseo de venganza, de un rencor terrible, y sacudia las rejas de la ventana con una energía increíble.

Pero este vigor pasaba con la misma rapidez con que habia llegado, y volvía á dar lugar á todos los sufrimientos del hambre, y sobre todo, de la sed.

La jóven sentia sus fauces y su garganta secas y ardientes; aspiraba el aire frio de la mañana y ponía su lengua en los hierros frios de la reja; pero aquello no podia templar su sed, sino solo aumentar su martirio: á poco su lengua seca comenzó á inflamarse, y un nuevo sufrimiento vino á complicar mas su triste situacion.

Serian las siete de la mañana, cuando se oyó en la puerta el ruido de la llave. Desde que Esperanza estaba allí, nadie habia penetrado en aquella estancia; el único deseo que ella abrigaba, porque creia su muerte segura, era que la dejasen sus verdugos morir sola; temia, sin saber por qué, cosas mas horribles que aquella muerte lenta á la que parecia habersele condenado, y así es que al escuchar el ruido de la puerta, se refugió espantada en uno de los ángulos de su prision.

Pero la puerta se abrió, y en vez de hombres feroces ó enmascarados, Esperanza vió entrar á Doña Catalina, que volvió á cerrar luego que penetró.

Aunque el aspecto de la vieja nada tenia de agradable, sin embargo, era una mujer, y Doña Esperanza se tranquilizó. ¿Qué podría hacerle una anciana?

—Dios os guarde—dijo la vieja.

Doña Esperanza sin contestarle inclinó la cabeza como haciendo un saludo silencioso.

—Veo que estais enojada, y no os falta razon, hija mia; quizá os han tratado con mas dureza que la que era necesaria; pero todo podrá remediarse. Vamos á cuentas: sentaos aquí á mi lado, y hablaremos como amigas, porque aquí solo me trae vuestro interes.

Esperanza instintivamente se habia ido acercando á Doña Catalina. La vieja tomaba un aire tal de bondad y la jóven tenia tanta necesidad de algun apoyo, que cuando la vieja acabó de hablar, ya Esperanza estaba sentada á su lado y mirándola casi con simpatía.

—Vengo—dijo la vieja—á proponeros de parte de quien puede hacerlo, vuestra libertad y la dicha de vuestra vida, y á deciros á todo lo que os exponeis en caso de una negativa obstinada. ¿Estais dispuesta á escuchar?

—Sí, señora.

—Bien; atendedme. En primer lugar, ¿qué es lo que deseais mas en este momento?

—Antes que todo, agua; me abrasa la sed, mi lengua se pega ya al paladar y apenas puedo hablar.

—Ya me lo suponía yo, y os he traído y tengo afuera excelentes refrescos para calmar vuestra sed; ¡oh! unas limonadas soberbias, orchatas; en fin, una fuente de placeres para vos, pobrecita, que debeis soñar ya con esos vasos de cristal llenos de agua fria y pura y trasparente.....

—Sí, sí señora; pero haced que los traigan: ¿no sabeis lo que es tener sed?

—Ya, ya vereis; capaz os supongo de tomaros un vaso de chia fresca y olorosa sin respirar siquiera, ó una de esas jícaras de Valladolid, rojas y doradas, con una orchata blanca y fria, en la que nadan polvos de canela y hojas de rosa.....

La vieja, con una especie de lujo de crueldad y de rencor, procuraba con su ademan y sus sonrisas dar mayor fuerza á sus palabras, saboreando el tormento de Tántalo que habia preparado á Esperanza.

—¡Oh! pero, señora, ¿aunque sea agua, una poca de agua.

—Sí; venid, venid.

Y la vieja se levantó: Doña Esperanza la seguia sonriendo al placer de calmar la horrible necesidad que la devoraba: llegaron á la puerta, pero estaba cerrada; la jóven empujó, y como los batientes no cedieron, dijo tristemente á Doña Catalina:

—Está cerrada.

—Sí, mi alma, está cerrada, pero abrirán; mirad por la cerradura entretanto lo que os aguarda.

Doña Esperanza, como el avaro que espía un tesoro, miró por el agujero de la chapa.

En la pieza inmediata, sobre una mala mesa, habia una enorme palangana de plata, con vasos, botellas y jícaras que contenian agua y refrescos, rodeados de flores y hojas verdes.

—Que me den agua, que me den agua—dijo como fuera de sí la jóven.

—Todo lo tendreis; pero hablemos antes un momento.

—Primero dadme de beber.

—No son esas las instrucciones que tengo; os he dicho que voy á proponeros de parte de quien puede, lo que se

desea de vos, y á presentaros lo que debéis esperar ó temer, segun vuestra resolucion: conque paciencia y contestadme.

—Pero esto es horrible! quieren matarme de sed y de hambre!

—No, lo que se quiere es que comprendais lo que se os espera, si no sois buena y condescendente.

—¿Pero qué se exige de mí? ¿qué se pretende?

—A eso vamos; no mas que ya os lo hubiera dicho, pero no habeis querido oír.

—Vaya, hablad.

—¡Bendito sea Dios que os poneis en juicio! Se trata no mas que de un matrimonio.

—¿Matrimonio? ¿de quién?

—Vuestro.

—¿Mío?

—Sí.

—¿Pero cómo? ¿con quién?

—¿Cómo? dad vuestro consentimiento y lo vereis: ¿con quién? con un caballero muy rico y principal, con el señor Don Alonso de Rivera.

—¡Con Rivera!—exclamó admirada Esperanza.

—Con el mismo Don Alonso de Rivera, amigo íntimo de vuestro difunto padre Don Pedro de Mejía, ¡que en paz descanse!

—¡Imposible!—dijo la jóven sentándose indignada.

—No, no digais imposible, porque no lo es; es libre y rico, vos tambien; no sé por qué os parezca imposible.

—¿Pero cómo os podeis suponer que pueda yo unirme con un hombre á quien no conozco, á quien no amo, con quien no me ligan relaciones de ninguna especie?.....

—Todo eso no importa nada: si consentís, ya lo conoce-

reis bien despues, ya lo pensareis, y muy pronto tendreis con él relaciones demasiado íntimas.

—Primero me moriria yo.

—Esos son disparates, que los decís sin reflexionar, porque sois una criatura sin experiencia; la muerte es cosa muy dura para preferirla á un matrimonio tan conveniente como el que yo os ofrezco. Meditadlo bien.

—Nada tengo que meditar; primero muerta que mujer de ese hombre, á quien apenas conozco y á quien odio.

—Vamos, vamos; la debilidad os hace delirar, y si no me doliera tanto vuestra suerte, no tendria ya paciencia para tanto; pero os quiero advertir á lo que os exponéis con vuestra obstinacion.

—La muerte misma no me importaria nada.

—Puede ser; pero hay cosas que para una mujer como vos, tan llena de altivez, son peores que la misma muerte; por ejemplo, la sed y el hambre.

—Las sufriré hasta morir, y moriré contenta.

—No morireis, ni cosa semejante; hay otro plan que voy á descubriros, porque no hay temor ni de que se lo comuniquéis á ninguno, ni de que os escapeis de él.

Doña Esperanza abrió los ojos con terror; la calma de la vieja y el convencimiento de que decia la verdad, la asombraban.

—Está claro—continuó Doña Catalina—que vos tendreis valor para soportar el hambre y la sed; se os presentarán dentro de un momento tan luego como yo me vaya, refrescos y manjares; pero en todos, hasta en la misma agua, habrá un veneno que no os hará morir; os sumergirá solo en un profundo letargo, y entonces, aquí va lo curioso, atended; el hombre que os vigila, que es un gefe de ladrones, que tiene una casita oculta en el monte, despues (y

así se le ha ordenado) de hollar aquí mismo vuestra pureza.....

—¡Qué horror, Dios mio!

—Cuando vos no podais oponer ninguna resistencia, cargaré con vos y os llevará á su casa, de donde no podreis salir hasta que tengais ya una familia que sea tambien suya.....

—¡Pero esto es infame! ¡infernál! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡socórreme!

—No hay que esperar socorro de Dios: oidme; si no quereis probar de esos alimentos, entonces la fuerza suplirá á la astucia, y sucederá lo mismo con una poca mas de solemnidad, porque Guzman, que así se llama el hombre de que os he hablado, tendrá que entrar aquí con cuatro de sus compañeros que le ayuden á dominaros, y ya veis que para evitaros el dar espectáculo tan divertido á cuatro bandidos, se os debe aconsejar, como lo hago, que tomeis los refrescos.....

—¡Sois una infame!.....

—¡Infame porque os advierto los peligros que os amenazan? Bien; esa es la gratitud: si no os hubiera dicho nada, lo mismo hubiera sucedido; conque ¿por qué me culpais? Podrá evitarse todo: dad vuestro consentimiento, sed ante el mundo la honrada esposa de Don Alonso de Rivera, y estamos al otro lado.

Doña Esperanza se cubrió el rostro con las manos y empezó á sollozar.

—Vamos, vamos, tened prudencia, que el sacrificio no es tan grande como os lo suponeis: yo tambien he sido jóven, y supongo lo que pasa en vuestro corazon; llorais por otros amorcillos, ¿los de vuestro primo Don Leonel de Salazar, tal vez?

—¿Quién os ha dicho?.....—preguntó Doña Esperanza levantando con indignacion el rostro y mirando á la vieja.

—Nadie; pero todo se sabe: estais enamorada de vuestro primo Don Leonel, y de aquí viene toda esa resistencia.....

—Yo no os autorizo para hablarme de eso.

—No necesito de vuestra autorizacion, como Don Leonel tampoco la ha necesitado para tener amores y tratar de su matrimonio con la hermosísima Doña Catalina de Armiño, viuda de vuestro padre.

—¡Mentira! mentira, señora!—dijo temblando da emocion Doña Esperanza.

—¿Mentira? Vaya una ceguedad! yo lo sé, lo he visto, y os lo probaré cuando querais.

—¿Lo habeis visto? ¿decís que lo habeis visto? Repetidlo, señora, repetidlo, para deciros que mentís.

—Decid cuanto gusteis, que no por eso dejaré de ser menos cierto que yo misma, con estos ojos que se ha de comer la tierra, he visto á vuestro Don Leonel en brazos de Doña Catalina, cubriéndola de caricias, estrechándola contra su corazon, jurándole que la amaria eternamente, que no habia amado á nadie como á ella.....

—Imposible!

—¿Insistís en negar? yo los he visto, y á Doña Catalina, tan bella, tan elegante, tan discreta, llorar de placer y llamarle su «ángel:» era un grupo encantador; parecen nacidos el uno para el otro, y todo el trabajo era que se encontraran sobre la tierra, que una vez encontrados, ellos conocen que nacieron para vivir amándose, y nadie ni nada será capaz de separarlos.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡qué tormento! ¡qué tormento!—

decía Doña Esperanza, retorciendo los brazos con todo el furor de los celos y de la desesperación.

—Oh! y no os ofendais por lo que voy á deciros— continuó la vieja;—pero debéis disculpar á Don Leonel; Doña Catalina es tan bella, tan bella, que bien se puede olvidar á cualquiera mujer por su amor: mirad; serán las diez, y en este momento Don Leonel estará á su lado: yo soy vieja ya, pero les tengo envidia, y gozo al mismo tiempo con espiarlos: ¡qué amor, qué fuego! cómo gozan esas dos almas, esas dos naturalezas! Si viérais una escena de esas, cualquiera, lo que pasa tal vez en estos momentos, perdonaríais á Don Leonel, porque quizá vos no le haríais nunca gozar como Doña Catalina.

—¡Oh! silencio, por Dios! silencio!

—Yo os lo cuento porque veais lo que es Don Leonel para vos, porque sepais que aun cuando no llegue á casarse con Catalina, aun cuando cansado de ella la abandone mañana, nunca podrá ser vuestro, porque vos no sereis, al menos no os lo consentirá la Iglesia, la mujer del amante de vuestra madre, porque Doña Catalina, viuda de Don Pedro de Mejía, viene á ser como vuestra misma madre; de modo que para vos, Don Leonel está perdido para siempre.

—Pero la prueba, la prueba de todo eso, vieja infernal.

—¿La prueba? ¿quereis una prueba? muchas hay; pero voy á buscaros una. Guzman—dijo la vieja abriendo la puerta

—Voy—contestó desde afuera un hombre.

—Doña Esperanza—agregó la vieja—poned cuidado al hombre que va á entrar, que es el que está destinado para ser el padre de vuestros hijos, ya que perdeis á Don Leonel y no quereis á Don Alonso.

La tosca y repugnante fisonomía de Guzman apareció

en la puerta, y la jóven, que no quitaba de allí los ojos como fascinada por una serpiente, dió un grito y cayó desvanecida.

—Guzman—dijo Doña Catalina—monta á caballo y vé á pedir á Don Alonso la prueba de que le hablé anoche.

Guzman salió, la vieja volvió á cerrar y se acercó á Esperanza, que permanecía en el suelo sin sentido.

En este momento se escuchó el galope de un caballo que se alejaba.